

Eduardo Galeano, periodista

# Carta a Carlos Quijano

*La publicación de estas líneas es un homenaje de quienes hacen El Cactus, al autor de Las venas abiertas de América Latina, recientemente fallecido. Las chicas y los chicos de la revista reconocen en el escritor uruguayo a un maestro: este texto es una cátedra de periodismo.*



Calella, Barcelona, junio del 81

Mí querido don Carlos:

Se viene el cumpleaños de los *Cuadernos de Marcha* y esto no es un artículo. Quiero sumarme a la fiesta con palabras que nunca le dije. Más bien se trata del reconocimiento de una deuda, que poco o nada importaría a los demás si fuera solamente personal; pero yo bien sé que no siento a solas las cosas que le voy a decir. Oportunidades no faltaron en estos veinte años largos, desde que empecé a trabajar a su lado, y sin embargo, si mal no recuerdo, jamás le dije: *Gracias*. El estilo nacional, ha de ser. El estilo nacional, que tanto bien y tanto mal nos hace. Los uruguayos no somos de decirnos elogios. Desconfiamos de los elogios. Me resulta raro escribir una carta así y la mano está incómoda aunque esté contenta.

Mucho anduve y conocí en estos veinte años. Perdí el pelo, pero no la fuerza ni las mañas; y creo que nunca he traicionado la dignidad del oficio de escribir: esa dignidad y ese sentido de la responsabilidad que usted nos enseñó a través de sus palabras y sus actos.

Infinitas veces he escuchado, de infinitas bocas, testimonios sobre la importancia de *Marcha* como instrumento de transformación de la realidad nacional y latinoamericana a lo largo de sus andares y decires. Siempre he pensado que tan asombrosa influencia sobre sucesivas generaciones, en el paisito nuestro y en la patria grande, no hubiera sido posible si *Marcha* hubiera escrito sus verdades en el aburrido lenguaje tan habitual en nuestras publicaciones de izquierda, cuya monotonía delata —y aquí está lo dramático del asunto— la falta de imaginación creadora de muchos de los proyectos políticos revolucionarios en América Latina. Desde las vísperas de la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días, *Marcha* no ha cesado de abrir espacios de fecundidad más allá de las consignas pensadas y recitadas a mimeógrafo. Y lo ha hecho sin espectacularidades y sin dinero, desde el pago chico y la prensa chica, con esa austeridad que ha quedado simbolizada, para siempre, en la memoria entrañable de Julio Castro y su modo de ser y de opinar. Una

de las certidumbres de felicidad que tengo es el recuerdo de nuestras salidas del taller, enchastrados de tinta, aquellos jueves de noche, cuando terminaba nuestro trabajo y empezaba el trajinar de la rotativa arrancada del museo. Nunca cedió *Marcha* ante la tentación comercial. Somos muchos los protagonistas y testigos de esta aventura imposible, ahora resucitada en México; y somos muchos los que sabemos que usted, don Carlos, pudo haber obtenido el oro y el moro y todo lo que quisiera con sólo callarse la boca o cerrarla un poquito.

Yo fui uno de los que criticamos su eclecticismo más de una vez, y creo que con razón, cuando a usted se le iba la mano en la generosidad y daba espacios de expresión a ciertos enemigos del país y del pueblo, que fuera de *Marcha* lo tenían de sobra. Pero lo esencial ha sido, y sigue siendo, la lección de pluralidad democrática que *Marcha* ha dado y sigue dando. No se puede predicar la libertad si no se empieza por practicarla. Siempre resonaron en *Marcha* campanas diversas, y así el periodismo, que es una forma posible de la literatura, pudo y puede reflejar las contradicciones que dan prueba de la vida en movimiento y pudo y puede contribuir al desarrollo de una alternativa socialista diferente y nuestra, que opere como forja de creadores y no como fábrica de funcionarios dogmáticos.

Yo era niño, don Carlos, en los años del optimismo facilongo de aquel Uruguay que se sentía a salvo de todas las tormentas, vuelto de espaldas a su condición latinoamericana; y me imagino que habrán sonado fastidiosas, para el conformismo general, sus implacables y reiteradas profecías de la crisis. Cuando la crisis llegó, y con furia soplaron los vientos de la verdad, *Marcha* nos dio, a todos, claves decisivas para superar la perplejidad y actuar. Semana tras semana, sus páginas mostraban que el naufragio no era el fatal destino del país, aunque fuera el inevitable pero postergado destino de sus amos. Y más, y sobre todo: a través de su mensaje antiimperialista, *Marcha* nos mostró la lastimada imagen de nuestra verdadera identidad, que no es la de un banco suizo, sino la de una tierra latinoamericana deformada y desgarrada por sus enemigos de adentro y de

afuera.

Supongo que todavía recordará, don Carlos, las frecuentes peleas o rabietas de cuando trabajábamos juntos y yo era un chiquilín insolente. Las recordará, supongo, con alguna sonrisa de indulgencia, porque al fin y al cabo usted es ahora un adolescente de ochenta años y sigue tan emperrado y caprichoso y arbitrario como siempre: usted nunca tuvo el sol a la espalda, don Carlos, aunque le gustara decirlo, y nunca dejó de irradiar un mensaje de obstinada vida, vida contra viento y marea, por mucho que mencionara a la muerte, quizá para exorcizarla, en sus escritos. Nunca le importó perder, aunque tanto hablara de derrotas, y cada vez que cayó supo volver a levantarse. Y nunca, nunca estuvo solo, don Carlos, aunque tantas veces lo sintiera y lo creyera y lo dijera. Muy acompañado anduvo y anda en sus navegaciones, por miles y miles de marineros que usted ni conoce, que se han atado como usted al mástil y que de usted han aprendido, hemos aprendido, que navegar es necesario aunque vivir no lo sea. Lo abraza,

Eduardo Galeano (1981)

**Nota de la edición.** El texto está publicado en *Nosotros decimos no*. Crónicas 1963-1988. Siglo Veintiuno Editores. Colección Eduardo Galeano. Buenos Aires, 2010. Páginas 297/299.